

## LOS MUERTOS ESTÁN MUERTOS.

Mamá no era que no me quisiera. Era poco demostrativa. Eso es cierto.

Su madre, mi abuela, no era que no la quisiera. Era poco demostrativa, decía ella, y no era cierto.

Mi madre era como sabía ser ni más ni menos, como podía ser, y era honesta con eso.

No recuerdo un beso y un te quiero de mi madre desde que era una niña muy chica, por los tres años. Aquellas fueron las últimas muestras de cariño. Siempre la veía callada, ausente, lejos.

Con sus manos sosteniendo su cara, y sus codos sobre sus rodillas pasaban las horas, ella no estaba, quedaba su tristeza.

La abuela falleció un 5 de febrero del 75, peleada con ella y embarazada de mí.

Ochomesina nació.

Mi madre en el cementerio, gritos, llantos, histeria... luego desmayo... nunca más entró al cementerio.

El cementerio.

El Cementerio Central quedaba a 4 cuadras de mi casa, todo derecho por Ellauri.

Fue el primer lugar que aprendí a ir sola.

En el cementerio están todos muertos, -decía mamá- no hay que tener miedo.

Y no tenía.

En mis visitas lo recorría.

Era muy tranquilo y silencioso. Solo se escuchaban los pasos de alguien por los pasillos, o el ruido de un balde metiéndose en el tanque de agua, conversaciones apagadas, a veces rezos, otras veces promesas de vivos a muertos, y mucho olor a flores, frescas, cuando la muerte había sido reciente, y podridas cuando los vivos olvidaban a sus muertos y seguían sus vidas de vivos, olor a flores secas, desteñidas cuando los vivos pasaron a ser muertos y todo volvía a empezar.

En las lápidas y mausoleos, jardineras y floreros... caras y más caras me observaban y lejos de asustarme, me sentía acompañada... jóvenes, niños, viejos, bebés, todos sonrientes, todos ahí.

Y yo. Yo visitaba a mis abuelos, les daba los saludos de mi madre, cambiaba las flores, miraba sus caritas de viejitos hermosas y me iba, mirando otras caras, todas sonrientes, todos tranquilos y silenciosos.

Los muertos están muertos, no hay que tener miedo.

A mis 6 años falleció mi abuelo, ese que no disfruté y apenas conocí, al fallecer mi abuela, mi tío presintiendo que mi abuelo no soportaría la pérdida y que no duraría mucho, lo llevó a San Carlos, retiró todo su dinero del Banco (eran gente de buen pasar, pero todo a base de trabajar un comercio 40 años) e hizo poner el dedo (mi abuelo era analfabeto) en documentos de turbio

contenido, para asegurarse el futuro, a él y su prole.

Pasaron los días y los días se volvieron meses que se volvieron años... luego y viendo que no se moría, lo mandó en bus a Minas para que viviera con mamá, Marcos y yo hasta que se muriera. No duró nada.

Mi abuelo extrañaba a mi abuela.

Muchos años compartidos, más de 50, 11 hijos.

Desde el 25 casados, una vida juntos, y se fue un día de improviso, sin aviso ni despedidas, mientras corría el Expreso Minuano a Montevideo; iba a cobrar la jubilación.

No hubo tiempo, se fue apurada a la eternidad.

Eran los años 80, mucha carestía, dictadura. El abuelo vino apagado de San Carlos, al vacío de sus ojos viejos sin la luz de los ojos celestes de mi abuela, se sumaron el peso inexorable del tiempo, de la soledad, sin las manos de su amada, sin sus cuidados, la vida era con ella, y sin ella ya no quería la vida.

Al poco tiempo de llegar no se quiso levantar más, se quedó callado y tampoco comió más, y ese silencio, se lo llevó dormido en noviembre del 81, cuando mi madre estaba embarazada de mi hermana menor.

Ochomesina nació.

Mi abuelo murió en su cama.

La misma que lo mató día a día, minuto a minuto.

Lo velaron de cuerpo presente en el comedor de casa como se estilaba.

Vi mucha gente llorar, tocarlo, abrazar el cajón, gente que nunca había visto en mi corta vida en casa, visitarlo.

Desperté muchas noches soñando con el abuelo en su cajón en el comedor de casa, él quietito, yo lo miraba, yo sabía bien que el abuelo había muerto, mamá me dijo que morir se era irse al cielo, pero el abuelo insistía en aparecerse en su cajón en el comedor de casa.

Tiempooo soñando lo mismo, sin miedo, solo viendo a mi abuelo en su cajón, que se empecinaba noche a noche en visitarme.

Miedo no. Los muertos están muertos.

SRTA. G.